



Darío

Su pensamiento vivo

Una tarde, frente al Gran Lago de Nicaragua, leía a Francisco López de Gomara. Los ojos se me iban del libro tras otros pensamientos. Nuestra tertulia juvenil se había agitado alrededor de Rubén Darío y volvía, con inconforme insistencia a mi recuerdo, el diálogo sostenido. No sólo nos había parecido Rubén, por razones literarias, un extranjero, sino que para todos sus biógrafos y comentaristas, su nacimiento en este pequeño lugar de América era algo extraño y ajeno a su obra; un hecho casual y desvinculado de la acción de su genio. Rubén aparecía como un nicaragüense de nombre que hasta dejar esta tierra y abrirse por sus viajes al cosmopolitismo, había captado el horizonte de su canto y dada a su acento el vasto sonido indo-hispánico que lo convirtió en el poeta de América, o, como él decía, de las Españas.

...Me dolía firmar con mi inteligencia ese decreto de expatriación! Y volví a Gomara. El cronista narra el encuentro helénico del conquistador Gil González Dávila con el cacique Nicaragua y el "admirable diálogo" y "razonamiento" del indio, inquieto por los altos problemas del hombre, por los misterios de la Divinidad y por los rudimentos del mundo. Era como la inauguración del destino nicaragüense con un diálogo de inquietudes universales. Y Gomara comentaba:

"Nunca indio alguno habló como él, a nuestros españoles".

Fue en esa frase del Cronista y bajo la luz de aquel encendido crepúsculo lacustre donde yo descubrí por primera vez, para mí, la nicaraguanidad de Rubén Darío. Gomara me ofrecía en la

admirable figura del Cacique, la anunciación de Rubén, ese otro indio que habló como ninguno a los hispanos. Era un contacto de misterio dentro de la profecía, pero bajo el símbolo comenzaron a entregármese las realidades. Ví desfilar la historia nicaragüense, en un rosario continuo de inquietudes universales, y ví entonces cómo nuestros hechos y acontecimientos eran todos, desde Nicaragua hasta nuestros días, desconcertantemente rube-nianos. El poeta surgía ante mí como un producto típico nicaragüense, y pude tocar bajo la tierra, en que mis manos amorosamente nativas se hundían, su profunda raíz recibiendo el movimiento y la savia de nuestros siglos y de nuestras cosas.

El genio, como todo hombre, se nutre de su ambiente. Las grandes expresivos devoran su horizonte para alimentar su palabra. Dan, entonces conforme al alimento, el sabor de su mensaje. Un genio dentro de un barril tendrá toda la orgullosa soledad de Diógenes. Otro genio, llámese el Greco, en la prisión infinita del horizonte de Castilla, no buscará a un hombre con una linterna, sino que encenderá la carne del hombre como una antorcha para buscar a Dios. Vemos, por ejemplo, cómo las grandes épocas de plenitud o predominio nacional producen edades de oro literarias, y cómo la altura conseguida, la imperialidad del horizonte comunal nutren de potencia la voz de sus poetas. Así también la armonía del sueño y del suceso la venturosa sintaxis de lo ideal y lo real, de la memoria y el tiempo, en el giro de la historia- contagian la expresión literaria de ese equilibrio que después, los que ya lo



Pablo Antonio Cuadra

perdieron, llaman clásico.

Pero estas vinculaciones e influencias, fáciles de ver y de hilar en las grandes épocas de apogeo -en que las corrientes de fervor popular son caudalosas, y sólida, como un mármol, la historia- suelen ocultarse en otros casos y llevar su movimiento por cauces subterráneos, por venas hondas y ríos de misterio. Así en ciertos genios solitarios, que monopolizan toda la voz de su época y de su pueblo y que aparecen como rodeados de una oscura soledad. Estas voces en el desierto son hijas, casi siempre, de ese fecundo silencio que las rodea; apretada sed de manifestación, viva ímpetu que se vierte todo en un sólo hombre pero que deviene de un profundo y multitudinario fervor contenido, no por silencioso menos vital, ardiente y compartido.

San Juan Bautista en el desierto, es la voz de todo un pueblo en trance mesiánico de esperanza. Su desierto es el silencio, pero "un silencio substancial en que están contenidas todas las palabras. El es la voz de Aquél que clama en el desierto. La voz de otro, la voz de Aquél

que es la Palabra" y que habla por todos los silencios y por todos los pueblos. Como el Bautista, vate a vaticinador del Mesías, los grandes genios solitarios son también voces de una palabra en el desierto. De la palabra en silencio de un pueblo. Del verbo en secreto de una tierra. De la expresión en germen de una historia o de un destino. Grandes voces de grandes silencios. De ese gran silencio de la naturaleza que se llama el sueño. De ese gran secreto del acontecer que se llama el tiempo. Y del sueño extraen la expresión de la angustia y de la esperanza. Y del tiempo la nostalgia y la profecía.

Rubén Darío, uno de esos genios solitarios, también surge -aparentemente- como una palma en un desierto. Aparece en Nicaragua, pequeña, insular, impotente, y en una época que no lo preveía. Visiblemente no está vinculado a ningún precursor. Es que Rubén no está ligado a su historia por un lazo de claridad a de materia como el del rey que nace en su linaje. A Rubén lo produce una dinastía misteriosa y telúrica. Es un Emperador que brota de la tierra en el punto donde un día apareció un volcán, otro día una idea geográfica ecuménica, otro, un raro pirata imperial, y otro, un apasionante bandolero libertador. Como la ruta de los delfines, el hilo de su dinastía y de su tradición sólo aparece a saltos mientras la verdadera importancia del trayecto se oculta en un grave silencio de mar.

Tomaremos ese hilo, aquí donde no hay laberintos sino sólo un substancial silencio. El hilo de su pensamiento, hilo -que es tanto como linaje o línea de sangre, o raíz en la tierra- de su canto.